

comensales, que en medio de los gritos de la tertulia, se dicen en voz baja aquello que no consigue hacer oír á la muchedumbre, trabajan su nombre en secreto y procuran acabarlo por cuenta propia.

Despues se reunen en un ángulo de la sala los más feroces y empiezan á decir gravemente aquello que no pudieron decir entre la algarada y la risa durante la comida; en otro rincon se recogen los más blandos, á terminar las epigramáticas anécdotas interrumpidas.

A veces, aquel encarnizamiento inhumano contra un desgraciado, se prolonga por la calle hasta bien avanzada la noche; se distinguen grupos de amigos que se retiran, con el rostro encendido que acusa una comida opípara, pasar lentamente, murmurando en alta voz y hacer un círculo en torno de uno de ellos que arranca carcajadas de todos con un epigrama mordaz.

Y aquel es el último martillazo, el golpe de gracia que la comitiva da á un amigo comun que está martirizando hace muchas horas.

Dirán todos, despertándose al día siguiente:

¡—Verdaderamente hemos ido un poco demasiado deprisa ayer tarde.—Y tendrán un poco de vergüenza... Pero irán un poco más allá en otra ocasion.

*
*
*

¡Qué preciosa fuente de ridículo nos faltaría de repente, si curásemos de esta enfermedad de la maledicencia! ¡Qué bellas escenas perderíamos!

¿Habeis visto alguna vez á cuatro amigos que pasean de dos en dos, y los dos que van detrás hablan mal de los dos que van delante, los cuales les pagan con la misma moneda, y despues las parejas se cambian diversamente, y entonces cada cual se asocia con el nuevo vecino para servir de copa y de cuchillo al amigo que ha dejado, hasta que se forma una tercera combinacion con la cual todos quedan en paz?

Es un caso que se da á menudo.

¿Y cuándo en una compañía de deslenguados, por la tarde, no hay nadie que quiera marcharse el primero, por miedo de ser hecho pedazos por los que se quedan, y cada cual quiere acompañar á casa á todos los demás, y el paseo se prolonga á despecho de todos, hasta que uno propone que

se separen todos en el mismo punto y se marchen á casa por diferentes caminos?

¿Y lo gracioso de la escena muda que se hace en un salon cuando uno toma la puerta, y todos se miran, mostrando en los ojos la intencion de hablar mal de aquella persona y sonrïen á flor de labios, en los pocos minutos de silencio que suceden, adivinando unos en otros el sentimiento de pudor que les impide empezar pronto y la impaciencia pueril que les devora?

¿Y las hermosas escenas que se suceden entre amigos, al salir de una conversacion, cuando, poniéndose los abrigos en la antesala, felices del material de maledicencia que han recogido durante la tertulia, cambian en voz baja, entre risas comprimidas, las primeras observaciones que sueltan con loco placer, al aire abierto, despues de haber soltado las primeras estocadas bajando la escalera como colegiales?

¿Y la cara indefinible que hace el amigo maldiciente cuando sorprende una conversacion precisamente en el punto en que se ha acabado de desollar una víctima á quien tiene ganas, y se arroja ávidamente sobre los restos, malhumorado por haber llegado tarde y contento al mismo tiempo por poder aspirar todavía el olor del estrago?

¿Y la mala figura que hace un personaje encumbrado cuando lee un discurso solemne en una gran comida, mientras los dos comensales que están á derecha y los dos que están á izquierda, hablan mal de él, con las cabezas inclinadas y juntas, y alrededor de la mesa se ven todas las demás caras, reunidas de dos en dos, sonrientes, con la maledicencia en los ojos y en la boca, hasta que todos se vuelven al final de la lectura y prorumpen en uno de aquellos aplausos, como dirán los periódicos al día siguiente, que salen de lo más profundo del alma?

¿Y el curioso juego de miradas que tiene lugar entre tres amigos, cuando uno se encuentra por la calle con otros dos, y les coge en flagrante delito de decir pestes de él, y los primeros le dispensan una acogida extraordinaria, cambiando miradas centelleantes, y él sospecha algo, y está indeciso entre reir con ellos ó repartir unos cachetes por barba?

¿Y la bella ingenuidad de aquellos maldicientes implacables, los cuales, despues de diez años que hacen cargar con la cruz á cuestras al mundo entero, se extrañan de repente y se maravillan profundamente y se lamentan con lágrimas en los ojos de tener enemigos?



Y esta es una ingenuidad muy comun, la cual deriva de no estar bastante persuadidos de esto: que los amigos, pronto ó tarde, resultan con seguridad, casi todo aquello que decimos de ellos.

En esto, les ayudamos nosotros mismos: de ciertas reticencias nuestras, de ciertos silencios, de ciertas expresiones de la cara, ellos adivinan poco á poco, en qué sentido, á propósito de qué cosas, tenemos la costumbre de hablar de ellos, y por esto resulta para ellos fácil hacerse decir por los otros nuestras maledicencias.

Pero no es menester que indagemos. Los amigos sinceros, como dice un escritor, están hechos á propósito para hacernos saber el mal que dicen de nosotros los amigos dobles.

Y es, por cierto, curiosa, la vuelta que dan las maledicencias para llegar á nuestros oídos. A veces llega una en veinticuatro horas, pasando por boca de

diez amigos, los cuales se las transmiten uno á uno sin interrupción, como hacen con los ladrillos los albañiles, y el último nos la viene á traer inmediatamente, todavía humeante.

Otras veces, pasa por otros diez amigos, que la olvidan todos excepto uno, el cual la retiene por mucho tiempo, la lleva consigo, la arrastra á lo mejor á lejanos países y nos la sirve despues en un momento dado, años y años más tarde, ya seca y pasada.

De otras maledicencias logramos saber que ántes de llegar á nosotros dan una vuelta alrededor, se alejan, se acercan, hacen zig-zag entre personas desconocidas, viajan por el correo, naufragan y vuelven á nado muchas veces.

Los amigos, ántes de venir á notificárnosla, la trabajan á su manera; algunos, no encontrándola bastante sabrosa, le añaden pimienta; otros, cuando son demasiado gordas, las desmenuzan en píldoras y nos las hacen tragar una á una.

¿Y el modo de traérnoslas? Hay celosos que vienen á hacernos una visita á propósito desde un lejano barrio de la ciudad, despues de tres meses que no daban muestra de estar vivos, y nos besan al entrar en casa.

El exordio es casi siempre el mismo:

—Hé oído una cosa que me ha disgustado.

Otros la toman larga, para no tener aire de haber venido con aquel objeto; tan larga, que ya habeis adivinado la cosa, y ellos dan vueltas todavía con aire de inocencia; despues dejan caer el golpe descuidadamente, mirando aquí y allá y luego á vosotros con el rabillo del ojo.

Muchas veces el amigo trae la maledicencia, no por otra cosa que por deciros de pasada, por boca de otro, aquello que quisieran deciros por cuenta propia; y os exhorta á que riáis; pero si os ve reir sinceramente os hace comprender, apretando los labios, que en las palabras de aquel tercero hay algo de justo, ó al ménos de grave, y cuando no otra cosa, de perdido.

Otros tienen un arte más fino para haceros sentir en lo vivo la estocada; ántes de deciros lo que no puede pasaros de la epidermis, se muestran titubeantes, os preguntan si lo tomareis á mal, quieren la promesa de que no os vais á incomodar, y así os hacen comprender que juzgan la cosa grave y que si teneis el sentimiento delicado, debeis encontrarla tambien vosotros gravísima.

Algunas veces, para hacerlo mejor, os lo empiezan á decir y luego lo dejan á la mitad: no quieren referirlo todo, es imposible: no sería acción de buen amigo, y para inducirles á vaciar el saco, no teneis

más que fingir que quereis cambiar de conversacion.

Y todos os han defendido á capa y espada, naturalmente, y rechazan el agradecimiento con un gesto de descuido.

*
* *

Cada cual tiene un modo de sentir la maledicencia, el cual corresponde á la medida de su orgullo y al grado de experiencia y conocimiento intuitivo que tienen de su prójimo.

Hay originales que gozan haciéndose repetir las bribonadas que dicen de ellos los amigos y las buscan con curiosidad, y se distraen como de cosas que no les atañeran en lo más mínimo, porque están habituados á pensar tan mal, que cualquier maledicencia queda por debajo de su espectacion y siempre salen ganando.

Otros por la cosa más pequeña que llegan á saber, pierden la paz; buscan subir al primer origen de la especie, interrogando á todos los amigos porque ha pasado, justificándose con cada uno, trabajando un mes para destruir el efecto de una palabra y viven en una continua inquietud, con los ojos alerta, con las orejas extendidas, sospechando siempre que todos digan infamias y horrores de ellos.

Hay tambien violentos que por cada bagatela, amenazan con hacer una tragedia; pero estos, por lo regular, se aquietan despues de la primera juventud, cuando han experimentado que, enfureciéndose no logran más que tener un poco lejana la maledicencia; pero que cuanto más se aleja, se hace más encarnizada y más agradable; la malignidad de los amigos á la cual se quita el desahogo, se convierte en ódio.

Pero casi todos sufrimos vivamente de la maledicencia. Tenemos una buena manera de estar preparados á lo peor é imaginarnos las mil vueltas y juicios desfavorables y los escarnios que nos vienen á referir; pero al oirlos contar con palabras determinadas se nos hacen siempre inesperados; estábamos preparados á todo fuera de aquella única cosa que se nos cuenta en aquel momento: estábamos tambien preparados á aquella, pero no en aquellos términos particulares con que ha sido expresada.

Y la poca profundidad de nuestras amistades se revela en esto: que cuando se nos denuncia la maledicencia de un amigo íntimo, si lo quisiéramos de veras, deberíamos sentir más dolor que despecho; y sucede siempre lo contrario: nuestro primer sentimiento es el deseo de venganza; no nos sentimos heridos en el corazon sino en el orgullo.

Sin embargo, avanzando en los años, nos hacemos siempre más tolerantes.

Reconociendo cada día cuán poco peso dan los hombres á sus palabras, con qué facilidad se desdican hoy de lo que dijeron ayer, por cuántas razones dicen á cada momento lo contrario de lo que piensan y cuán á menudo sucede que una persona desconocida, se nos hace simpática á fuerza de oír hablar mal de ella, acabamos todos por ser indiferentes á la maledicencia de nuestros amigos.

Casi nos alegra, porque nos hace conocer mejor á nosotros mismos y á ellos.

Y no hay estudio psicológico más útil y más agradable.

No hay más que probarse y buscar coger el método particular de maledicencia de cada uno de nuestros amigos, descubrir las personas que cada cual maltrata de preferencia y los defectos para los cuales es más severo; notar cada noche, en el corro de cuantos amigos ausentes se habla mal, cómo procede la maledicencia, la parte que toma cada uno, las contradicciones que nacen y los sentimientos ocultos que la mueven; despues de pocos días de esta prueba, se apercibe uno infaliblemente, si la ocasion se presenta de haber hecho un gran paso adelante en el cami-

no de la indiferencia por todo el mal que los amigos pueden decir de él.

A quien sufre demasiado por la maledicencia, no hay más que sugerirle este remedio:

—¡Estúdiala!



El argumento lo merece de veras.

El campo es ilimitado y se encuentran maravillas, casos psicológicos inesperados que valen un tesoro, y que compensan largamente de cualquier amargura.

¿Os imagináis un caballero que al primer anuncio de la enfermedad de un amigo, corre á su casa, se coloca á la cabecera como un enfermero, le sirve con el afecto de una madre, se entenece hasta el llanto, vela tres noches seguidas entre la admiración y las bendiciones de la familia, y saliendo al tercer día para respirar una bocanada de aire, y encontrándose á Fulanito de Tal, le dice que el enfermo es un sucio, y que su casa es una sentina y una porción de maldades por el estilo, despues de lo cual vuelve á asistir al amigo con la ternura de antes?

¿Os representáis á otro amigo, que despues de haber almorzado en vuestra casa donde tomó media turca de vino del Rin que le arrancó mil protestas.

líricas de amistad, va diciendo que derrochais estúpidamente los cuartos para hacer el gran señor y que quitais el pan de la boca á vuestros hijos y se acalora y parece que se enfada y sufra como si labrárais su propia ruina?

¿Habeis oido á un amigo vuestro, al cual, un artista confesó en un momento de emoción, todos los defectos de un trabajo suyo, servirse de estas confesiones para lacerar su reputación artística y no ya por ódio ó propósito de hacerle daño, sino solo para mostrar que nadie penetra más adentro que él, con el bisturí de la crítica en la naturaleza de aquel ingenio?

¿No os habeis sentido jamás vosotros mismos empujados á censurar con extraordinaria acrimonia un defecto íntimo de un amigo, que habeis descubierto vosotros solos, y que conocéis profundamente, por la única razón de que lo teneis también, y habeis estudiado el defecto del amigo en vuestra alma?

¿Os habeis encontrado alguna vez en medio de veinte personas que esperan, delante de una fonda, á un amigo comun, para un banquete que le han ofrecido en señal de amistad y de honor, todos de acuerdo y espontáneamente aprovechar el retraso del amigo, para tritararlo de un modo inhumano,

sin sombra de rencor, por el solo gusto de matar el tiempo agradablemente?

No hay contradicción ni extrañeza que no se encuentre en la maledicencia; gente que pone de vuelta y media á un amigo, sólo por causar despecho á un tercero y para hacer gozar á otro que se ve obligado á agradecerlo, ó por hacer ver que no teme á aquel amigo, el cual tiene reputación de hombre temible; otros, que antes de renunciar al gusto de despedazar hoy á un amigo, del cual cantaban ayer los alabanzas, se acusan de haberle ensalzado por hipocresía, ó por ignorancia, ó por interés; maldicientes en que el vicio de la maledicencia está de tal modo engrandecido, que no sólo no pueden decir, pero ni siquiera oír decir bien de nadie, ni siquiera de la gente que no conocen, y gruñen en señal de protesta, ó sonríen con aire de duda al escuchar cualquier alabanza, sea proferida por quien quiera y dirigida á quien sea: viejos amigos estrechísimos, que viven juntos años y años, que se dieron mil pruebas de amistad, que al pasar un día separados, se encuentran tristes y malhumorados, como ciegos sin bastón y que, sin embargo, no pueden volverse la espalda sin hablar mal uno del otro, y aprovechan todos los retazos de tiempo para cortarse chalecos, con los amigos

comunes, los cuales, es claro, hablan mal á su vez de los dos.

¡Cuánto se ódia la maledicencia cuando se piensa en estas miserias!

*
* * *

Esto no obstante, sucede á todos, de tiempo en tiempo, volver á casa indignados de la vileza y de la ferocidad de la propia lengua y hacer el propósito solemne de no hablar mal de nadie. No refrenándose jamás, bajamos poco á poco, sin apercibirnos, al terreno resbaladizo de la crítica, de la irrisión y de la calumnia, que nos hace odiosos á nuestros propios ojos.

—Empezando de mañana—nos decimos,—no nos saldrá de la boca una palabra malévola á cargo de ninguno de nuestros amigos.

Y al día siguiente nos esforzamos por mantener nuestro propósito. ¡Pobres de nosotros! ¡La empresa es mucho más difícil de lo que creemos!

Nos sentimos los nervios escitados, la conversacion nos parece vacía, difícil, fría; la maledicencia entra en nuestra conversacion por mil partes y bajo mil formas, y tendríamos tanto que hacer por rechazarla que no quedaria libertad á nuestro pensamiento; no

sabemos bromear; nos parece no tener nada que decir; nos apercibimos que nuestra compañía se hace insípida; á cada momento quedamos excluidos de la conversacion de nuestros amigos; la razon de nuestro silencio no es comprendida y no la podemos decir sin hacer reir; nuestra abstencion de la maledicencia pone á nuestros amigos en embarazo, parece que oculta un segundo fin, y tomada por afectacion y calificada de dobleza nos hace sospechosos y hasta odiados.

Despues aquel esfuerzo fatigoso que nosotros hacemos en favor de todos, nos parece, al cabo de poco tiempo, que nos dá derecho á semejante delicadeza de miras, por parte de nuestros amigos, de tal modo que la primer maledicencia de uno de ellos, que llega á nuestros oidos, nos hiere como una ingratitud monstruosa del mundo entero y nos hace vacilar en nuestro propósito.

Y hé aquí que ya estamos arrastrados á la maledicencia por mil hilos diferentes é invisibles.



Empezamos por una sonrisa de consentimiento á una broma; despues se escapa una palabra de aprobacion á una censura amarga pero justa; despues, de repente nos encontramos entre las manos los pedazos de la piel de un amigo sin recordar como hemos empezado á desollarlo.

Y permanecemos todavía algunos días en el buen propósito, torturados por la tentacion...

¡Pero cómo podemos estirparnos el vicio de la maledicencia, sino estirpamos antes la vanidad, la envidia y todas las demás pasiones en que tienen sus raíces.

Despues de una prueba de pocos días, las pasiones comprimidas se sofocan y experimentamos tan urgente necesidad de desahogo, que nos encerraríamos en nuestro cuarto á vomitar vituperios contra las paredes.

¡Ah! Es imposible perseverar—acabamos por gritar y caemos encima sobre el primero que tenemos á

mano, resarciéndonos en una hora de las privaciones y de las torturas de un mes.

La maledicencia es útil al fin, nos decimos, es la censura de la amistad; nos advierte nuestros defectos, nos castiga de nuestras faltas, pone freno á nuestra vanidad, aquieta nuestra ira, atempera nuestros ódios, colorea y alegra nuestras conversaciones aguz el ingenio y purifica el corazon del hombre, porque dá salida á las malas pasiones que encerradas se convertirían en mortal gangrena.

Y confortados con estas razones, empezamos y echamos adelante trabajando por estragar todos los sentimientos del alma y del cuerpo.

*
*
*

Sin embargo, la conciencia nos dice continuamente que no pudiendo obtenerlo todo, deberíamos al ménos obtener una cosa de nosotros mismos: no murmurar de aquellos amigos íntimos á los cuales estamos ligados por un lazo de recuerdos y de confianzas que es casi un vínculo de parentesco. Porque es innoble verdaderamente no tener ni siquiera un amigo en el mundo, al cual se pueda estrechar la mano con la conciencia tranquila.

Todos tenemos algunos, respecto á los cuales la maledicencia es una traicion odiosa.

De estos al ménos, deberíamos proponernos no hablar nunca mal, de defenderlos de todas suertes, con la obstinacion de servidores ciegamente leales, aun cuando fueran atacados con razon; porque de no ser así se acaba por hablar de ellos peor que de los demás, porque á la maledicencia como á los sentidos se consagre más fácilmente negarlo todo que cualquier cosa.

Y nos deberíamos imponer esta ley por política, cuando no debiésemos imponérsola por deber, porque no hay cosa que dé apariencia de sinceridad y de justicia y nos haga perdonar las maldades de la lengua, como el respetar constantemente un pequeño número de personas en medio del destrozo cotidiano que hacemos diariamente de todos los demás.

*
* *

Se dice:—Pero no hay amistad que resista á lo largo en nuestro corazon á la libertad de la crítica, porque es natural que se acabe por desconfiar de los amigos que engañan y que no se pueda crear en la existencia de una amistad verdadera, cuando no se cumplen los deberes hácia ninguno.

Sí; es preciso tener un pequeño grupo de amigos inviolables.

Es un gran sacrificio, es verdad, porque son precisamente los amigos íntimos, aquellos de los cuales se experimenta más placer en hablar mal...

Pero en suma; es el único sacrificio que en las condiciones ordinarias de la vida, sea dado hacer por ellos.

Respecto á los demás....

Y bien, si no tenemos la fuerza de renunciar á este gran consuelo de la existencia, deberemos procurar contentarnos con la maledicencia burlesca, que despluma sin hacer sangre, ver de limitarnos á la crítica

de aquellos defectos por los cuales nos importa poco ser criticados, y aprovechar todos aquellos momentos en los cuales nos sentimos inclinados á hablar bien, para atenuar ó desdecir francamente lo que escapó de nuestra boca en momentos de mal humor.

Cada vez que, frente á nuestros amigos, tenemos la generosidad de acusarnos de haber hablado injustamente de uno de ellos y destruimos con un nuevo juicio, los efectos de nuestras palabras malévolas, experimentamos una satisfaccion, ¿no es verdad? una alegría de la conciencia y del corazon que vale cien veces más que todos los innobles placeres de un año de maledicencia aplaudida.

